

UNO

Bayona

YA A LA MADRUGADA DE AQUEL 10 de octubre de 1846 la multitud se arremolinaba a lo largo de la madrileña calle de Alcalá y de las demás calles por las que discurriría la procesión, desde el Palacio Real hasta la iglesia de Atocha. La revista ilustrada más popular, el *Seminario Pintoresco Español*, detallaba los festejos que se preparaban para la doble boda real: los fuegos artificiales, las corridas en la Plaza de Toros situada a la salida de la Puerta de Alcalá, y en la Plaza Mayor; hablaba del cortejo de distinguidos visitantes llegados de toda Europa, y de las ingentes sumas gastadas en las historiadas decoraciones que adornaban el Paseo del Prado. Tras semanas de preparativos, todo estaba listo para celebrar la boda de la reina Isabel II con don Francisco de Asís y de su hermana con un noble francés, el duque de Montpensier.

El contingente francés, como era de esperar, fue especialmente notable, ya que las bodas se consideraban el último triunfo de la diplomacia gala. Durante trece años intrigantes franceses e ingleses habían conspirado unos contra otros a fin de hacer valer a sus pretendientes y arrebatarse la corona de las manos de la núbil realeza española. En el laberinto de la política española del siglo XIX, con sus aparentemente interminables golpes de estado, pronunciamientos, intrigas, guerra civil, ascenso y caída de generales y su intermitente

y tambaleante bipartidismo, las maniobras y cábalas previas a la boda habían sido más complejas que cualquier lucha por el poder en la antigua Bizancio. Y al final triunfó el primo de Isabel, el inocuo Francisco de Asís.

Las bodas atrajeron a España a algunos de los más destacados escritores y artistas de la época. Entre ellos, se encontraba el célebre autor de *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*, uno de los escritores más famosos de su época que, precisamente en ese momento, se encontraba en el cenit de su popularidad: Alexandre Dumas.

Fue una época agitada para el rotundo y extravagante Dumas. Además de supervisar las obras de un nuevo teatro que había mandado construir gracias a la ayuda del duque de Montpensier, quinto hijo del rey Louis Philippe, contribuía con un flujo constante de artículos y novelas por entregas a los periódicos (aunque sus «negros» o colaboradores fantasma se encargaban de parte del trabajo), jugueteaba con actrices jóvenes y guapas y daba rienda suelta a sus apetencias gastronómicas, que eran grandes. Dumas también se estaba haciendo construir una fabulosa villa cerca de Marly-le-Roi.

En medio de toda esta agitación, Dumas recibió una mañana una invitación para almorzar con el Ministro de Instrucción Pública, el conde de Salvandy, uno de los hombres más influyentes del gobierno de Louis Philippe, a quien Dumas conocía pero no había visto desde hacía dos años. Dumas aceptó con presteza, sospechando que detrás de la invitación había algo más que una mera formalidad social. En efecto, Salvandy tenía una propuesta que hacerle al famoso escritor. Se trataba de Argelia, colonia francesa desde 1830, pero todavía tan poco conocida que los inversores

franceses se resistían a considerarla como un mercado atractivo para sus negocios e inversiones.

Salvandy había estado recientemente en Argelia con un compañero de viaje, el escritor Xavier Marmier. Cuando el ministro se lamentó de que la colonia estuviera tan desatendida, Marmier sugirió que si Dumas realizara el mismo viaje que ellos acababan de completar y escribiera dos o tres libros sobre Argelia, unos cincuenta o sesenta mil de los tres millones de ávidos lectores de Dumas podrían animarse a ver el territorio norteafricano por sí mismos. Salvandy, él mismo un hombre de letras que había recibido a Victor Hugo en la Academia Francesa, pensó que era una idea capital.

Así, cuando Dumas se presentó para almorzar, Salvandy comenzó: «Mi querido poeta, debe hacernos un pequeño favor».

«¿Que un poeta le haga un favor a un ministro? Estaría encantado, si no fuera por la novedad del asunto. ¿De qué se trata?»

Salvandy explicó que un libro escrito por alguien tan famoso como Dumas sobre Argelia sería muy valioso para generar el deseado flujo de inversiones en el territorio. De hecho, esto había sucedido tras la publicación del libro de viajes de Dumas, *En Suisse*, en 1833, que incrementó sensiblemente el tráfico turístico francés hacia Suiza.

Dumas se mostró dispuesto a ello.

«¿Qué arreglos ha hecho para el invierno?» preguntó Salvandy después de haberle explicado el viaje.

«Nunca hago preparativos», respondió Dumas. «Soy como un pájaro en la rama de un árbol. Si no hay viento, me quedo allí; si viene un viento, abro mis alas y vuelo con él».

El Ministro mencionó cierta suma de dinero que proponía destinar al escritor de viajes que emprendiera la expedición. Dumas comentó que necesitaría el triple para embarcarse en una misión tan importante. Finalmente, se acordó la suma de 10.000 francos (unos 2.000 dólares) para los gastos de viaje. Dumas dijo con gran pompa que añadiría 40.000 francos de su propio bolsillo y que llevaría a algunos amigos.

«¿Cuándo puede empezar?» preguntó Salvandy.

Dumas respondió: «Necesitaría que se pusiera a mi disposición un barco del Gobierno, para mí y mis compañeros de viaje, para cruzar a Argelia».

Salvandy se quedó desconcertado; se mostró reacio a aceptarlo. «¡Nos está pidiendo que hagamos lo que normalmente sólo se hace para los príncipes reales!»

«Exactamente. Si iba a tratarme como a la gente corriente, no tendría sentido llamarme. Podría simplemente reservar mi pasaje por mí mismo en cualquier barco que navegue hacia Argelia».

Salvandy dijo que le conseguiría un buque de guerra.

La noche siguiente, el proyecto de Dumas de viajar al sur recibió un impulso adicional durante una cena con el duque de Montpensier. Cuando Dumas le mencionó el proyecto de viaje a Argelia, Montpensier sugirió que el proyecto podría combinarse con una parada en España, especialmente porque el duque debía casarse con la hermana de Isabel en octubre en Madrid. Dumas apoyó sin reservas esta sugerencia, que no podía haber llegado en un momento más oportuno y que haría el viaje aún más lucrativo.

Todo apuntaba, pues, a una agradable y provechosa excursión al sur. Dumas recibió un pasaporte en el que se

mencionaba que «viajaba en misión del Ministro de Instrucción Pública». Además de las anteriores ventajas, llevaba en el bolsillo un contrato con *La Presse* y otro periódico, *Le Constitutionnel*, para enviarles sus impresiones de viaje.

Acompañando a Dumas en su viaje había toda una camarilla de escritores y artistas. Entre ellos estaban Louis Boulanger, descrito por Dumas como «pintor y visionario» y Auguste Maquet, «amigo y colaborador». Este último, de hecho, fue el más conocido de los «negros» de Dumas, a quien algunos atribuyen haber escrito gran parte de las obras, incluso *Los tres mosqueteros*.

El hijo ilegítimo de Dumas, Alexandre, de 21 años, también le acompañó. El joven había roto recientemente un romance con la cortesana Marie Duplessis, que serviría de modelo para la heroína de su posterior novela romántica *La dama de las camelias* y obra de teatro del mismo nombre.

También viajaron a España en ese momento, aunque por separado, algunos de los mejores periodistas de París, entre ellos Amédée Achard, que escribía para *L'Époque*, y Théophile Gautier, que también ayudaría a cubrir las bodas para *La Presse*.

«A las seis de la tarde del día siguiente, 3 de octubre de 1846, nos reunimos todos en el patio donde parten los pasajeros en los coches de Lafitte y Caillard», escribió Dumas. En ese momento tenía 44 años.

Acompañaba al grupo el criado negro abisinio de Dumas, Eau de Benzoin, apodado Paul, al que se le dio el asiento junto al conductor. Añadía un toque más de exotismo al extravagante grupo y los españoles le mirarían boquiabiertos. El célebre novelista llevaba consigo tres baúles repletos de ropa y seis cofres con rifles y pistolas.

Un cuarto de hora después, «un ingeniosísimo mecanismo» izó la parte superior del coche con ellos dentro y los depositó suavemente en un vagón de ferrocarril, una maniobra que se utilizó durante los años de transición del transporte en diligencia al del tren. De este modo, al cargar las diligencias en los trenes en aquellos tramos en los que los raíles ya estaban colocados, el dispositivo permitía a los viajeros llegar a los secciones en los que la diligencia era necesaria. El sistema se introduciría en España unos años después, cuando se empezaron a construir ferrocarriles, como se verá más adelante.

Dumas escribió: «Al instante, la locomotora emitió un fuerte y áspero aliento, la inmensa máquina se estremeció y cobró vida, oímos el chirriante temblor del hierro, las lámparas empezaron a pasar rápidamente por delante de nosotros a izquierda y derecha, como antorchas llevadas por espíritus malignos en una fiesta de brujas, y, dejando un largo rastro ardiente tras nosotros, rodamos hacia Orleans».

Cuando el tren de Dumas y su grupo llegó a Burdeos con cuatro horas de retraso debido a un problema con la caldera, acababa de salir la última diligencia de esa ciudad a Bayona. Como no había ningún otro coche que saliera hasta el día siguiente, el grupo llegaría a Madrid con 24 horas de retraso y no podría asistir a los esponsales reales. Pero Dumas ideó una solución. Siendo un hombre de gran riqueza, decidió entonces comprar por mil trescientos francos su propio carruaje de viaje.

El vendedor le aseguró que estaba haciendo una magnífica inversión, pues los carruajes franceses eran tan apreciados en España que podía estar seguro de venderlo en Madrid por el triple de lo que le costaba. Este vehículo era

el único medio de transporte que le permitiría ir de Burdeos a Bayona a tiempo para coger la diligencia hacia Madrid al día siguiente. Así pues, los caballos fueron enganchados al coche y el grupo se puso en marcha.

«Llegamos a Bayona hacia el mediodía», escribió Dumas. «El placer de nuestro viaje desde Burdeos, por no hablar de las doradas profecías del carroceros, nos hizo tomar la decisión de seguir viajando en nuestro coche hasta Madrid. Por eso, en cuanto llegamos a Bayona, me apresuré a ver al cónsul, M. Leroy, para rogarle que se ocupara de nuestros visados y nos ayudara a salir rápidamente. Era un hombre de lo más amable y cortés, deseoso de prestarnos toda la ayuda posible, pero me enteré por él de dos cosas que echaron por tierra nuestros planes. Un carruaje que entrara en España desde Francia debía pagar una tarifa de 1.800 francos y, debido a la reunión de los príncipes para la boda real, nos sería imposible cambiar de caballos a lo largo de nuestra ruta».

En consecuencia, Dumas se apresuró a ir a la oficina de la diligencia del correo y reservó los únicos cuatro asientos disponibles. «Apretujarnos con todo nuestro equipaje en un vehículo que no está pensado para transportar nada más que cartas fue todo un problema. Afortunadamente, los cocheros españoles son más complacientes que sus homólogos franceses, y tras diez minutos de conversación, con animados gestos expresivos, todo quedó arreglado satisfactoriamente. El criado, Paul, nos seguiría en un coche posterior».

En el momento de las bodas dobles a las que Dumas y su grupo planeaban asistir, los viajes al sur de los Pirineos se habían hecho todo un furor. Los relatos de las damas de la alta sociedad, buscadores de curiosidades y ociosos